

# افغانستان آزاد – آزاد افغانستان

AA-AA

چو کشور نباشد تن من مباد  
بدین بوم و بر زنده یک تن مباد  
همه سر به سر تن به کشتن دهیم  
از آن به که کشور به دشمن دهیم

[www.afgazad.com](http://www.afgazad.com)

[afgazad@gmail.com](mailto:afgazad@gmail.com)

European Languages

زبانهای اروپایی

By Eduardo Nava Hernández

Rebellion 05.03.2022

## *Mexico in the face of the Ukrainian conflict*

Sources: Rebellion

You can't trust imperialism or so much, nothing.

Ernesto *Che* Guevara, 1964.

Like many other wars, the one unleashed on February 24 by Russia's invasion of Ukrainian territory raises a wide range of issues that go through the now globalized international economy, geopolitics, military balances and even ethics, among other aspects. Given the large number of actors and interests involved, any analysis is complex to a high degree and must come from a certain serenity, dispassion and sufficient collection of information, as objective as possible.

This implies, above all, detaching ourselves from the Manichean versions to which, above all, the United States and its overwhelming apparatuses of mass dissemination push us, and from the simplifying ones that take only secondary or superficial aspects to present a vision, in reality distorted, of the conflict.

It is clear that, parallel to the armed war on the ground and in the air, there is a whole offensive of media and social networks by the two belligerent parties; and one of these, without exposing its troops, is undoubtedly the United States, and also the most belligerent of its allies in the North Atlantic Treaty Organization. The Western powers and media want to convince us that the war actions are the product of Russian ambitions for

[www.afgazad.com](http://www.afgazad.com)

[afgazad@gmail.com](mailto:afgazad@gmail.com)

hegemony over a nation that was once part of the Soviet Union. The US government has censored and cancelled news sources from the Eurasian country, such as the television channel RT (*Russia Today*) and the *Sputnik* news agency. And the Kremlin, in turn, has established a news fence to make its official broadcasting organs the only sources allowed during the conflict. The Economic Sanctions of the West extend and reach the sports competitions and even the cultural expressions of Dostoevsky's homeland in film festivals and ballet theaters.

But, despite the information limitations, it is necessary to discard the easy and simplifying interpretations of this conflict, fully located in the dispute for economic, geopolitical and military hegemony of the twenty-first century. The Russians are not trying to restore order to the Cold War or the Soviet Union; much less the old empire of Greater Russia before 1917 (prison of peoples, Marx called it). Nor is it that Vladimir Putin is a power-crazed despot, hungry for blood and eager to impose his rule over a weak neighbor. Hardly the confrontations that we have seen for a few days will lead to a greater conflagration of planetary dimensions, unless something got out of control in an operation that, evidently, has been planned for a long time and calculated its scope.

Karl von Clausewitz's famous sentence has been cited as commonplace: "war is the continuation of politics by other means"; but other teachings of the famous Prussian officer of the Napoleonic wars are forgotten, such as that war is never an isolated act, or that its results are never absolute. Nor that offensive actions can be part of a defensive strategy. Much of this is what we are seeing updated in the invasion of Ukraine by Russian forces.

War, without discussion, is always an extreme and always reprehensible resource to obtain certain ends. But the fact of rejecting it and condemning it for what it is, a dispute between empires, does not eliminate the need we have to understand and explain it. It would be impossible here to enter into the ethical-political debate of what is a "just war" that most likely has no place here; but it is necessary to have a geopolitical view of events and trace their genealogy. It is a conflict developed in the NATO bombing of Serbia to curb the genocidal nationalism of Slobodan Milosevic but above all to support the independence of Croatia and consolidate the dismemberment of the former Yugoslavia. It was also incubated in 2003 in the Second Gulf War, which not only deposed Iraqi President

Saddam Hussein but broke the balance in the Middle East. Also in the hot sands of Syria, bombed by the United States and its allies and the attempt since 2011 to overthrow the government of Bashar al-Assad, an indisputable strategic ally of Moscow, which represents for the Russians their access to the Mediterranean.

Pero sobre todo, el conflicto ha germinado desde 1999, teniendo como actor central a la llamada alianza atlántica encabezada por el Pentágono y su expansión hacia Europa del Este. Ahora queda más claro que nunca que el fin de la Guerra Fría en 1991, con el desplome del bloque del socialismo estatista del bloque oriental, el desmembramiento de la Unión Soviética y la disolución del Pacto de Varsovia, no cumplió su promesa de una era de paz ni de un mundo unipolar hegemónico por los Estados Unidos. Pese al interregno de suspensión de hostilidades, la restauración del capitalismo de libre competencia en las repúblicas ex soviéticas y los acercamientos de Rusia con Europa y Occidente todo, la lógica geopolítica militarista ha subsistido. Y ésta apareció primero desde Occidente.

En 1999, en Washington, se trabajó el avance de la OTAN —que con la desaparición del Pacto de Varsovia y de la presunta amenaza soviética al occidente capitalista habría perdido cualquier verdadera justificación para subsistir— hacia el Este, incorporando a países antes integrantes del bloque oriental: Polonia, Hungría y la República Checa. Siguió luego integrando a Bulgaria, Croacia, Eslovenia, y Rumania; y también a Estonia, Letonia y Lituania, repúblicas antes constitutivas de la URSS. George F. Kennan, quien fuera diplomático e ideólogo de la política de contención a la Unión Soviética durante la Guerra Fría, alcanzó a advertir ocho años antes de morir, de los riesgos de esta estrategia de expansión militar de la OTAN: “La ampliación de la OTAN sería el error más fatal de la política estadounidense desde el final de la Guerra Fría. Es previsible que esta decisión despierte las corrientes nacionalistas antioccidentales y militaristas de la opinión pública rusa; que reavive una atmósfera de Guerra Fría en las relaciones Este-Oeste y que encamine la política exterior rusa en una dirección que ciertamente no será la que deseamos” (*The New York Times*, 5/feb/1997, citado por David Teurtrie, *Proceso*, 27 de febrero de 2022, p. 11).

Pero para la política belicista de Washington la cereza del pastel de la alianza noratlántica es Ucrania. Ésta se incorporó al Consejo de Cooperación del Atlántico Norte desde 1991,

y en 1994 a la Asociación para la Paz, como parte de sus acercamientos a Occidente. Con Víktor Yúshchenko en el poder, en 2008 solicitó su aceptación como miembro de la alianza militar; pero en 2010 el proceso se interrumpió, con la llegada de Víktor Yanukóvich a la presidencia, un político prorruso originario de Donetsk, que fue obligado a dimitir en febrero de 2014 por las movilizaciones proeuropeas en las calles de Kiev. Fue sustituido por el occidentalista Oleksánder Turchínov, lo que fue interpretado en Moscú como un golpe de Estado. El nuevo gobernante retomó las negociaciones para el ingreso de Ucrania a la OTAN. La respuesta de Moscú fue, en ese mismo año, apoyar su la independencia de la península de Crimea —un territorio históricamente ruso, con mayoría de población rusoparlante, entregado a la República Socialista de Ucrania en 1954 por el gobierno de Nikita Kruschov— como una nueva república y su recuperación para la Federación Rusa tras un plebiscito que la favoreció. También dio su apoyo a las provincias orientales de Donetsk y Lugansk, asimismo con mayoría de población rusa, que proclamaron su independencia de Ucrania.

Los Acuerdos de Minsk, firmados en septiembre de 2014 con la participación de representantes occidentales, abrieron la posibilidad de poner fin al movimiento armado separatista, de que Ucrania conservara intacta su frontera oriental, se liberara a los combatientes presos por el movimiento separatista y la retirada de Lugansk y Donetsk de las tropas irregulares ucranianas. Pero ese protocolo no se cumplió, o sólo muy poco. Los gobiernos de Turchínov y, desde 2019, de Volodímir Zelensky han permitido y alentado durante más de siete años la acción en las provincias de la región (Donbass) la acción de grupos paramilitares neonazis contra la población rusa, mientras desde Kiev se continuaban las gestiones para la integración del país a la OTAN y a la Unión Europea y los planes de instalar ahí misiles con capacidad de alcanzar objetivos en territorio ruso, lo que ni el presidente Joe Biden ni la OTAN han negado o desmentido.

Justo antes del estallido del conflicto armado, Jack Matlock, exembajador de los Estados Unidos en Rusia y experto en el tema, ha opinado que “dado que la principal exigencia de Putin es la garantía de que la OTAN no aceptará a más miembros, y en concreto a Ucrania o Georgia, obviamente no habría existido ninguna motivación para la crisis actual si no hubiera habido una expansión de la alianza atlántica tras el final de la Guerra Fría o si la expansión hubiera tenido lugar de acuerdo con la construcción de una estructura de seguridad en Europa que incluyera a Rusia. [El conflicto] puede resolverse fácilmente

aplicando el sentido común... Desde cualquier punto de vista, el sentido común apunta que a Estados Unidos le interesa promover la paz, no el conflicto. Tratar de desprender a Ucrania de la influencia rusa –el objetivo declarado de los que agitaron las “revoluciones de colores”– fue una misión absurda y peligrosa. ¿Tan pronto hemos olvidado la lección de la crisis de los misiles de Cuba?” Similares posiciones han sido expuestas en la misma sociedad estadounidense por el ex secretario de Defensa William Perry, el experto en Relaciones Internacionales John Mearsheimer y otras figuras.

¿Y México cómo se ha posicionado ante este nuevo conflicto armado? ¿Ha tomado la cancillería mexicana en cuenta los antecedentes y desplegado una visión estratégica frente a la guerra?

Acertada y acorde con la tradición diplomática nacional la evacuación de nuestros compatriotas del territorio ucraniano, e incluso el ofrecimiento de asilo a refugiados del país agredido. Pero en cuanto al desarrollo de la invasión se ha ubicado, en principio, de manera vacilante, incluso contradictoria. Desde el primer momento, el canciller Marcelo Ebrard condenó por mensaje de Twitter la invasión, pidió el cese de las hostilidades, apuró el inicio de negociaciones y exigió protección de la población. Y el presidente López Obrador hizo referencia a las intervenciones del siglo XIX por las que México perdió más de la mitad de su territorio para reprobar también el uso de la fuerza por parte de Rusia.

Pero la posición de nuestra delegación en la ONU ha quedado muy corta y ha desaprovechado su lugar como miembro no permanente del Consejo de Seguridad. En la reciente votación de la Asamblea General, simplemente votó a favor de la resolución que, por amplia mayoría de 141 votos contra cinco y 35 abstenciones (significativamente, entre otras, las de China, India, Irán, Irak, Bolivia, Cuba y Kazajastán), condenó con toda energía las acciones militares de Moscú. Ya sabemos, empero, la fuerza que esas resoluciones no vinculantes tienen en el panorama mundial. Durante décadas, también por amplias votaciones, se ha pedido el levantamiento del embargo o bloqueo de los Estados Unidos a Cuba y el retiro de Israel de los territorios ocupados en Palestina, sin que eso haya modificado nada en la situación de los países agredidos.

Por otra parte, México se ha negado a romper relaciones diplomáticas con Rusia y a sumarse a las sanciones económicas contra ese país dictadas desde Washington,

manteniendo una cierta postura de neutralidad, pero hasta ahora sin visión de largo plazo en cuanto al conflicto. Lo urgente, es cierto, es lograr el inmediato alto el fuego —más que el retiro de las tropas rusas de los territorios en los que ya ha avanzado— mientras se desenvuelve la ronda de negociación en Bielorrusia entre los protagonistas inmediatos.

Pero es preciso conformar un frente amplio multinacional que coincida en reducir las tensiones en toda Europa oriental y Georgia, obteniendo no sólo el compromiso de que la OTAN no integrará a este último país y a Ucrania a su ya muy abultada lista de integrantes. Debe pugnarse por hacer del este europeo una región libre de armas nucleares; la diplomacia mexicana lo logró para América Latina con la firma del Tratado de Tlatelolco en 1967, después de la crisis de los misiles en Cuba de 1962. Desaprobar la invasión rusa en lo coyuntural no es suficiente sin frenar definitivamente las provocaciones de los Estados Unidos y sus aliados de la OTAN en la región que, no hay que olvidarlo, la superpotencia nuclear euroasiática considera parte de su cinturón de seguridad, como los Estados Unidos veían a su vecina Cuba en aquella dramática coyuntura del otoño de hace sesenta años. En esa ocasión se logró un detente diplomático entre las superpotencias que dio seguridad a los norteamericanos de no ser amenazados por misiles soviéticos y a los cubanos de no volver a ser atacados militarmente como lo habían sido en abril de 1961 en el episodio de Bahía de Cochinos. Ese logro puede ser el modelo a seguir en la actual crisis.

Lo cierto es que, en Ucrania se ha abierto una nueva etapa de desequilibrios internacionales que pueden prolongarse largo tiempo, una ruptura definitiva del pretendido orden unipolar que falsamente se quiso instaurar después de 1991, y un cuestionamiento desde el Oriente —que incluye, desde luego, a China como segunda potencia económica, en ascenso— a la hegemonía de los Estados Unidos y sus aliados. Viviremos, sin duda, un largo periodo de reacomodos y desafíos sin culminación previsible ahora, una era de incertidumbre.

But in this new situation, where the interests of the great arms and economic powers seem to be at stake, the peoples have much to conquer, and are the least considered in the strategic schemes of imperialisms. To that must be bet by joining the pacifist movements, for disarmament and decolonization (Palestine, Puerto Rico, The Malvinas, etc.) in all

corners of the planet. And the slow but announced decline of a power must not lead to the installation of one or more new poles of economic, technological or military power.

The great British historian Eric Hobsbawm characterized the twentieth century as a "short" century, which began in 1914 with the outbreak of world war and ended in 1991 with the collapse of the Soviet Union and its bloc. Perhaps the twenty-first century has only begun on February 24, 1922, and it must be understood. May our country — the people and government — assume it that way and seek its location in this difficult context of confrontations.

**Eduardo Nava Hernandez. Political scientist -UMSNH.**

**Rebelión has published this article with the author's permission under a [Creative Commons license](#), respecting his freedom to publish it in other sources.**

Rebellion 03.03.2022